

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ GARCIA DE SOLIS.

MEJOR ES CREER.

8 rs.

Se vende en la librería de *Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

N.º 294.

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

MEJOR ES CREER,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

Segunda edicion.



N.º 294.

MADRID: 1861.
IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente Alto, núm. 52.

PERSONAS.	ACTORES.
MARGARITA.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
SOFIA.	DOÑA AMALIA GUTIERREZ.
GENARO.	D. JULIAN ROMEA.
FÉLIX.	D. JOAQUIN ARJONA.
BRAULIO.	D. MARIANO FERNANDEZ.

La accion pasa en una quinta á las orillas del Tajo: aquella principia á las tres de la tarde, y concluye á la misma hora del dia siguiente.

ACTO PRIMERO.

Una sala amueblada con buen gusto en la quinta de don Félix. Puerta en el fondo, y otra en cada uno de los costados. En el de la izquierda del actor una ventana en segundo término.

Aparecen Margarita y Sofía: esta leyendo, aquella haciendo labor.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA.—SOFIA.

MARG. Pero lo has pensado bien?
SOFÍA. Sí, hermana.
MARG. Temo, Sofía,
que hayas hecho un disparate.
SOFÍA. Muchas gracias, Margarita.
MARG. No, no te enfades, por Dios;
pues ya sabes, vida mia,
que al hablar de esta manera
es tu bien el que me inspira.
SOFÍA. Ya! pero decir de pronto
que es un disparate...
MARG. Olvida
la palabra, si la encuentras
dura ó fuerte; pero mira,
tan grave resolucion
merece...
SOFÍA. No soy tan niña;
ya entré en la mayor edad...
MARG. Privilegio que no quita

el incurrir en error...

SOFÍA. Pues bueno; ¿qué quieres, hija?
error ó acierto, no tiene
remedio ya: al ser de dia
encaminé hácia Toledo
al capataz de la quinta:
díle para el arzobispo
nuestro tio, una misiva
solicitando su vénia
y su bendicion: si envia,
como lo espero, una y otra,
sin vacilar, derechita,
iré desde aquí al convento,
y en él moriré tranquila.

MARG. ¡Huir del mundo! Jesus!
Jesus!...

SOFÍA. ¿Y de qué te admiras?
¿cuándo he sido con el mundo
menos adusta y esquiva?
¿cuándo me lisongearon
sus pompas y sus mentiras?

MARG. Es cierto; no perteneces
á la copiosa familia
de jóvenes casquivanas
que pasan toda la vida
ostentando una belleza
harto frágil, quebradiza.
Pero, Sofía del alma,
entre ser austera ó frívola
hay un buen término medio,
y en él la virtud estriva.

SOFÍA. Podrá ser.

MARG. ¡Dejar el mundo,
tan jóven, tan bella y rica!...
No creí que tus lecturas
y esas ideas tan rígidas
al cabo degeneraran
en una monomanía.

SOFÍA. ¿Lo ves? ahí está tu error,

y error en el que te obstinas.
No es la ofuscacion, hermana,
la que me aconseja ó guia;
mi resolucion es fruto
de la conviccion más íntima.
Pues qué! ¿basta poseer bienes,
y ser jóven, y aun ser linda,
para ser dichosa?

MARG. No;
pero si bien lo meditas,
hay ya mucho adelantado
para serlo. ¿No hay delicias
en el mundo para tí?

SOFÍA. Ps! ninguna.

MARG. ¡Que eso digas!
¿Tan pobre tu corazon
se halla de afectos?

SOFÍA. Germinan
en él con tanta pureza
como en mi niñez florida.

MARG. Pues bien, siendo afectuosa,
sabrás qué son simpatías...

SOFÍA. Sí, pero no me seducen...
siempre un interés las guia...

MARG. ¿Ni crees en la amistad?

SOFÍA. Tuve no pocas amigas,
y en todas, quien más, quien menos,
hallé mala fé, y envidia...

MARG. ¿Ni en el amor?

SOFÍA. Oh! el amor!
¡aspid que en flores se anida!
No hay hombre, por más que jure
eterna fé, idolatría,
que deje de ser galante
y atento, y mariposilla
con cuantas al paso encuentra
alegres, tiernas ó ariscas.

MARG. No hay que confundir ¡cuidado!
la atencion, la cortesía

que exige la sociedad,
con las torpes intriguillas
de algunos seres bastardos...

SOFÍA. No entiendo esa metafísica
tan elástica, que el hombre,
segun le conviene, aplica.

MARG. Eso es mucho exagerar.
¿Segun tú, no hay aquí pizca
de lealtad, de buena fé:
es una ilusion la dicha,
la felicidad de amar
y verse correspondida?

SOFÍA. Sí, me parece que sí.

MARG. Pues ya ves cual desvarías;
yo soy casada y dichosa.

SOFÍA. Tú sí, yo no lo seria.

MARG. Eh?

SOFÍA. Todo te satisface,
cualquier cosa te cautiva...

MARG. Poco á poco; cualquier cosa
no es mi marido, Sofía.
No es un doncel elegante
de esos que siembran de víctimas,
de lágrimas y despojos
toda la tierra que pisan;
no, nada de eso es mi Félix;
pero en cambio, de hidalguía,
de lealtad es un modelo
de aquellos de raza antigua.
Ingénuo, modesto, franco,
á sus ojos la más digna
de todas es su muger;
y por eso en ella cifra
su gloria, y en ella adora,
y la respeta, y la estima.

SOFÍA. Y se aleja, y va á la corte
á no sé qué fruslerías,
solo por una semana,
y van cinco trascurridas,

y no vuelve.

MARG. Cierto, pero
me escribe todos los dias.

SOFÍA. Y ¡ vaya si es sacrificio
el escribir una epístola!
¡Dios nos libre cuando amor
se mete en escribanías!
La verdad es que no vuelve.

MARG. Alguna cosa imprevista
le habrá detenido.

SOFÍA. Es claro...
¡azares de la gran villa!

MARG. Háblame de cierto encuentro,
de una terrible desdicha
que le sucede á un amigo...

SOFÍA. Pues! y á la filantropía
da lo que debe á tu amor...

MARG. ¿Quién sabe, quién imagina...

SOFÍA. Ahí tienes, ese *¡quién sabe!*
es lo que á mí me horripila.

MARG. Bah! ¿no digo?... hermana! hermana!
¡qué fé tan escasa abrigas
en el corazon!

SOFÍA. No tal,
la que guardo es infinita;
pero es solo para Dios,
quien en su eterna justicia,
ni finje, ni desencanta,
ni empequeñece, ni humilla.

MARG. Muy bueno es pensar así
tratando de lo de arriba;
(Chasquidos de un látigo y ruido de cascabeles á lo lejos.)
pero... Calla! ¡ya está ahí Braulio!

SOFÍA. Con la ordinaria cartita.

MARG. Más vale carta que nada.

SOFÍA. Pensando así no habrá riñas.

MARG. Y ¿qué hacer? Ya vendrá Félix
y me explicará este enigma.

SOFÍA. ¡Vaya si lo explicará!

¿á quién le falta invectiva
para urdir una novela?

MARG. ¡Qué incrédula!

SOFÍA. ¡Qué sencilla!

MARG. Oigo los pasos de Braulio.

SOFÍA. Sí, ya está aquí ese estantigüa.

ESCENA II.

MARGARITA.—SOFÍA.—BRAULIO.

BRAUL. Dios sea en la casa honrada.

MARG. ¡Hola, Braulio! ¿cómo vá?

BRAUL. Sin novedad; ¿por acá?

MARG. Bien. Dame...

BRAUL. No traigo nada.

MARG. ¡Qué escucho?

SOFÍA. ¿No te decia?...

MARG. ¿Nada traes?

BRAUL. Y no es broma.

MARG. Entonce ¿á qué vienes?

BRAUL. Toma!
yo vengo porque me envia.

MARG. ¡Cayó enfermo?

BRAUL. ¡Qué es caer?

MARG. ¿Por qué te envia sin carta?

SOFÍA. El escribir tambien harta...

BRAUL. Porque él la quiso traer.

MARG. Cómo! ¿viene?

BRAUL. Claro está;
y no muy lejos de mí.

MARG. ¿Lo ves, Sofía?

SOFÍA. Sí, sí;
ya era tiempo.

BRAUL. Llegará
como quien dice, en un credo.
Á avisar me adelanté...
¡apenas trae gana de
verse en tierra de Toledo!

(Con misterio.)
No viene solo.

Marg. / Sofía. ¿Qué?

Braul. Chito!
le acompaña una visita...

Marg. Quién es?

Sofía. Alguna amiguita.

Braul. No señora, un amiguito.

Marg. (Á Sofia.)
No te encuentro hoy muy feliz
en los presagios.
(Á Braulio.) ¿Y bien;
quién es ese amigo, quién...

Braul. Hum!... me ha dado en la nariz...
pocas veces me equivoco...
el amo dice que no,
pero el amiguito, yo
juraria que está loco.

Sofía. (Gritando.)
¡Ay!

Marg. ¡Loco!

Sofía. ¡Dios poderoso!
¿es esto algun hospital?

Braul. No hay que asustarse, no tal;
si es un loco muy juicioso.

Sofía. Pero es un loco. Cuidado!
¡solo á él le ocurriria
traernos tal compañía!

Marg. Braulio se habrá equivocado...
Cuando Félix se decide
á traerlo, es de creer...

Sofía. Pues yo no le quiero ver.

Marg. Pero, hija, ¿quién le despide?
Ni puedo creer tampoco...
¿Quién es? á ver si averiguo...

Braul. Creo que es un amigo antiguo,
de la infancia...

Marg. Y ¿loco?

BRAUL. Loco.
SOFÍA. Loco! y no tiene reparo
en traerlo...
MARG. Pero ¿en qué
te apoyas?
BRAUL. Yo no lo sé...—
él se llama don Genaro.
MARG. Ya! ¿y en todo eso te fundas?
BRAUL. Á más es descolorido,
cabizbajo, y se ha metido
en no sé qué baraundas.
Habla que es lo que hay que oir:
nada alegre, mucho triste,
y tan sério, que no hay chiste
que logre hacerle reir.
Á veces con un ahinco
mira, que... ¡mal pecado!
ello es que en duelo ha matado
en un año á cuatro ó cinco.
SOFÍA. Oh! ¡qué hombre!
BRAUL. No sé lo cierto:
lo que llama mi atencion
es que él en otra ocasion
parece que ha estado muerto.
SOFÍA. ¡Ay, Dios!
MARG. ¡Qué disparatar!
SOFÍA. Margarita! Margarita!
¡Yo no aguardo esa visita!
MARG. ¿Y te pueden alarmar
sandeces que el vulgo inventa?
Braulio, sin duda, habrá oido
algo que no ha comprendido,
y á su manera lo cuenta.
¿No es así, Braulio?
BRAUL. Será;
yo soy un poco rocin...
MARG. Sí, Braulio.
BRAUL. Y puede que... en fin,
(Ruido de un carruaje.)

pronto... ¿No digo? ahí está.

SOFÍA. Ay! me voy!!..

MARG. Muger!... espera...

(Á Braulio que se retira por el fondo.)

Vé á decirles que aquí estamos.

SOFÍA. Me voy!!

MARG. Dirá Félix... Vamos!

SOFÍA. Eh! que diga cuanto quiera.
¡Loco... y mata?... no, no puedo...

MARG. Mas si es un loco *juicioso*...

SOFÍA. ¡Será algun hombre horroroso!...
Tengo miedo!... tengo miedo!...

(Escapa por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

MARGARITA.—Despues FÉLIX.

MARG. En tomando una manía,
tanto es lo que en ella dá,
que noy ha medio...

FÉLIX. (Saliendo.) ¿A dónde está?

MARG. Ah! mi Félix!

FÉLIX. (Abrazándola.) ¡Alma mia!
Perdona, mi bien, perdona,
si pasé, mal de mi grado,
tantos dias alejado
de tu adorable persona.

MARG. Mucho de menos te eché;
pero cuando no volvias,
comprendí que no podrias,
y en tu lealtad descansé.

FÉLIX. ¡Bendita! el cielo es testigo
de cuanto ausente sufrí...

MARG. Bien, Félix; ya estás aquí;
mas ¿qué has hecho de tu amigo?

FÉLIX. Hola! ¿Braulio os ha anunciado...

MARG. Sí; ya de ese personage...

FÉLIX. Pues al bajar del carruage,

por el bosque extasiado
se entró; pero no te pese,
yo sé que respetará
tus flores: no tocará...

MARG. ¡Qué importa... mas ¿qué hombre es ese!
FÉLIX. Oh!..
MARG. Braulio nos ha alarmado
contando, ¡Vírgen María!
que tu amigo...
FÉLIX. ¡Es, vida mia,
un hombre muy desgraciado!
MARG. ¿Le conozco yo?
FÉLIX. Qué! no;
es una amistad de allá...
unidos en Alcalá
estudiamos: se graduó:
debí no pocos favores
á sus padres, y él conmigo
siempre ha sido un buen amigo;
luego heredó á sus mayores,
y en alas del viento vario,
con su fortuna ha corrido
medio mundo...
MARG. Y la ha perdido.
FÉLIX. Qué! no tal; si es millonario.
MARG. Pues cómo?.. entonces no infiero...
FÉLIX. Ahí verás, ¡si es un dolor!
el enemigo mayor
que tuvo, fué su dinero.
Jóven, con mucho caudal,
libre, con próspera suerte,
sin penas, y poco fuerte
en principios de moral,
viéndose tan halagado,
no más que en gozar pensó,
y al gran mundo se lanzó
como un potro desbocado.
Mil veces lo ha recorrido
en pos del placer artero:

ya vés, mozo y con dinero...
poco se le ha resistido.
Cuanto el capricho inventó
de excéntrico y raro: cuanto
discurrir pudo, otro tanto
en su delirio apuró.
Y aconteció que una vez
lanzado en ese camino,
llegó á su término, y vino
la anticipada vejez.
Estragado el cuerpo, el alma,
merced á tanta violencia,
perdió toda fé y creencia,
y la borrasca á la calma
sucedió: se hizo sombrío,
pendenciero, hirió, mató...
y por último, cayó
en los brazos del hastío.
Hija!.. horrible enfermedad
que raras veces se cura!

MARG. ¡Oh, Dios!

FÉLIX. ¡La peor locura
que aflige á la humanidad!
Ahí lo tienes; poderoso,
y parece un hombre oscuro;
le encontré, te lo aseguro,
en un estado horroroso.
Ya, ni respetos humanos...
(Saca una pistola.)
Este arma fatal... ¿la ves?

MARG. Quita!

FÉLIX. Mañana hará un mes
que la arranqué de sus manos!
(Vuelve á guardarla.)
¡Dios sin duda me envió!
logré detener su brazo,
luchamos; le exijí un plazo,
y al fin me lo concedió.
Me dijo. «Te lo concedo,

para que veas, en plata,
que ni la fiebre me mata,
ni la ofuscacion ni el miedo.
Me mata la conviccion;
porque nada me interesa,
y porque la vida pesa
al secarse el corazon.
Lo quieres? vivamos, pues:
poder sobre mí te doy:
me es igual matarme hoy,
ó hacerlo dentro de un mes.»
De entonces yo de afan lleno,
no he desperdiciado modo...
porque él enmedio de todo,
es bueno, chica, es muy bueno.
Él me obedece, eso sí,
y con paciencia ejemplar;
por mí se deja llevar
lo mismo que un maniquí.
Pero ya va la jornada
de vencida: el caso es
que mañana cumple el mes,
y aun no he conseguido nada.
Por eso viendo que allí
tan poco sacaba en claro,
hoy dije—¡al campo, Genaro!—
y con él me vine aquí.—
¿Quién sabe... la soledad...
puede que en él haga efecto
el encantador aspecto
de nuestra felicidad.
Acaso tu persuasion
impere en él como en mí...
¿querrás ayudarme, dí!

MARG. Con todo mi corazon.
¿Cómo en trance tan fatal
negarme, cuando contemplo
que me está dando el ejemplo
tu abnegacion sin igual?

Mision es dificultosa;
mas por mí, si lo deseas...

FÉLIX. ¡Bendita mil veces seas!
Oye! me ocurre una cosa.
Si al plan le damos un giro...
y en él cayera Sofía...
¡matábamos, vida mia,
¿eh? dos pájaros de un tiro!

MARG. De ella responder no puedo;
toda lucha será vana:
¿no sabes? esta mañana
ha escrito...

FÉLIX. ¿Al tio?

MARG. Á Toledo.

FÉLIX. ¡Qué chica!.. me desespera...
al fin han sido perdidos
mis!.. Hé aquí dos descreidos
cada cual á su manera!
Y ¿qué van á adelantar?
el uno pegarse un tiro,
y la otra allá en un retiro
hacerse vieja y rabiar.
No!.. pues yo, por vida mia,
aunque cada cual se emperre,
he de estar erre que erre...
(Gritos de Sofía á lo lejos.)
¿Qué es esto!

MARG. ¿Grita Sofía?
(Los dos corren hácia la ventana.)
Ah!

FÉLIX. El puentecillo se hundió...
y tu hermana...

MARG. ¡Dios clemente!

FÉLIX. ¡Mira á Genaro!.. ¡Ah valiente!
Ya la saca... ¡la sacó!..—

MARG. ¡Volemos!

FÉLIX. Ya ¿para qué?
pudo ser mucho, y no es nada.—
¿La ves? un poco mojada...

mira, y anda por su pié.
Los criados allí... cabal!
mejor no hubiera ocurrido
si lo hubiéramos urdido.
(Retirándose de la ventana.)
¡Qué lance! ¡providencial!
¡Se han hallado en un instante
supremo! ella, sumerjida:
él, salvándole la vida...
¡Esto es soberbio! ¡adelante!
Ella ahora en su virtud,
hácia él debe sentir
algo de amor... es decir,
un poco de gratitud.
Y en él, la satisfaccion
debe obrar de varios modos;
eh?..

MARG. ¡Mi buen Félix! ¡si todos
tuvieran tu corazon!

FÉLIX. ¡Calla, muger! Si esto es claro
como la luz. ¡Ah gran Dios!
si vencer logro á los dos,—
seré... ¿Quién viene?.. Hui!.. ¡Genaro!..
(Aparece Genaro por el fondo; en ademan abatido y caminando lentamente. Félix le sale al encuentro.)

ESCENA IV.

MARGARITA.—GENARO.—FÉLIX.

FÉLIX. ¡Bien, chico! bien! ¡te has portado
como un héroe! Pero observo
que no te has mudado.

GENARO. Bah!

FÉLIX. Esta humedad para el cuerpo
no es buena.

GENARO. Tengo calor.

FÉLIX. Como quieras.
(A Margarita.) Te presento
á mi querido Genaro

de Sandoval.
(A Genaro.) Mi embeleso,
mi gloria, en fin, mi muger.

GENARO. Bastante linda por cierto.

FÉLIX. Oh! todos cuantos la miran,
todos convienen en eso;
todos saben que es hermosa,
menos ella.

GENARO. Mayor mérito.

MARG. Suplico á ustedes que den
á su discurso otro sesgo.
La belleza personal
no es un don en nuestro suelo
tan raro, que deba ser
causa de encarecimiento.

FÉLIX. ¡Bendita sea tu boca!
(A Genaro.) Ya verás; es un modelo
de prudencia y de razon;
(Bajo.) Y ¡qué chispa! ¡qué talento!
(Alto.) Mas ¿qué ha sido de la Ondina,
afortunado mancebo,
á quien tu brazo ha sacado
de entre las ondas del Tejo?

GENARO. No sé: la casualidad
la condujo á mi paseo:
al hallarme, huyó de mí
con visible aturdimiento:
el puentecillo se hundió...

FÉLIX. Claro! si estaba tan viejo
que ya nadie se atrevia...
oh! qué valiente es el miedo!

GENARO. Noté que se lo inspiraba
mi presencia...

FÉLIX. Ni por pienso!..

GENARO. Y me alejé al punto mismo
que la ví fuera de riesgo.

MARG. Ah! gracias! Ha entrado usted
en mi casa protegiéndonos.

GENARO. ¿Interesa á usté esa jóven?

MARG. Es mi hermana.

FÉLIX. Es un portento
de virtud, casi es un mónstruo.
que debe estarte, y de hecho
que lo estará agradecida.

GENARO. Si tiene á la vida apego,
es posible que lo esté:
si no se lo tiene, creo
que más bien que gratitud
me tendrá aborrecimiento.

MARG. Eso, nunca!

FÉLIX. ¿Aborrecer
á quien con tan noble esfuerzo
la ha salvado? ¡bueno fuera!
Y ¡ella, que está á cuatro dedos
de retirarse del mundo
llena de cristiano celo
por el prójimo! Verás;
voy por ella en un momento,
y repetirá su lábio
lo propio que estoy diciendo.

GENARO. No; ya sabes que no exijo,
ni busco agradecimiento...

FÉLIX. No obstante, lo justo es justo,
y cada cosa en su tiempo.
(Bajo á Margarita.)
No le dejes de la mano;
hoy está más placentero.
Voy por ella.—(Alto.)
(Se dirige á la puerta de la izquierda, y vuelve al lado de Genaro.) Pero, chico,
una cosa te prevengo.
Que no se te escape nada
que huela... así, á galanteo...
(Para que haga lo contrario
basta y sobra con esto.)
¡Mira que dentro de poco
va á encerrarse en un convento!
y ya ves, el apartarla

de sú espontáneo proyecto
sería... claro! sería..

GENARO. Pues déjala en su aposento.

FÉLIX. No! ya es cuestion de amor propio...
Voy por ella; al punto vuelvo.
(Se retira por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

MARGARITA.—GENARO.

GENARO. Dirá usted, y con razon,
que en el huésped que ha escogido
su esposo en Madrid, no ha sido
muy dichosa la eleccion.

MARG. No tal: nada más ageno
de mi pensamiento ahora
que el decir... Por qué?

GENARO. Señora,
soy un huésped poco ameno.

MARG. Y qué? en nuestra soledad
tranquila se esparce el alma,
y en habiendo paz y calma,
hay tambien amenidad.
Aquí pasa la existencia
como en un sueño florido.
Verá usted...

GENARO. Sí, ya he sentido
la magnética influencia
de este Edem. ¡Qué bellas flores!
¡qué ambiente! ¡Cómo embriaga
su aroma! ¡qué luz tan vaga
en la selva, y qué primores!
Y todo sin más rumor
que el de las aguas sonoro,
y el del viento, haciendo coro
al canto del ruiseñor.
Encuentro un misterio tal,
que mi espíritu avasalla:

parece que esto se halla
fuera del mundo mortal.
Sitios, rrecorrí muy bellos,
y en tantos como he corrido,
ninguno me ha sorprendido
como este.

MARG. Porque en ellos
usted no habrá reparado.
A veces sucede...

GENARO. Qué?

MARG. Que se mira y no se vé;
usted solo habrá mirado,
y lo que así, de pasada
se mira, es sombra que hoy crece,
que luego se desvanece...
que despues... no queda nada.

GENARO. ¿Si no habré logrado ver
hasta que he llegado aquí?

MARG. Acaso no, y tal vez sí,
porque todo puede ser.
En el mundo cada cual,
cuanto le alegra ó le abisma,
todo lo ve por el prisma
de un engañoso cristal.
Quien ve turbio siempre, y quien
todo trasparente y puro,
segun es claro ú oscuro
el cristal con que lo ven.
El cristal de usted, Genaro,...
ignoro si con exceso
estará empañado, y eso
le habrá impedido ver claro.

GENARO. Lo está, sí; pero en rigor
ya ¿quién á limpiarlo alcanza?

MARG. El paño de la esperanza
limpia con sumo primor.

GENARO. La esperanza!

MARG. Ella es la vida,
ella aliento y fuerzas da...

GENARO. Y, dígame usted ¿qué hará
el que la tiene perdida?
MARG. ¡Nunca la puede perder,
conservando el juicio sano,
un caballero cristiano!
GENARO. (¡Qué encantadora mujer!)
MARG. No, jamás desaparece:
nos agitamos con ella...
¡perder la prenda más bella,
la que más nos enoblece!...
Y ¿cómo? yo en conclusion
no sé cómo pueda ser;
porque perderla es perder
de buen grado el corazon.
Y ¿dónde un alma tan corba?
¿Quién á sí propio se muerde?
Bah! Créame usted, nadie pierde
lo que hace bien y no estorba.
GENARO. ¿Si tendré que batir palmas
oyendo á usted?
MARG. Puede ser.
GENARO. ¿Quién la ha enseñado á leer
en el fondo de las almas?
MARG. Nadie; la luz natural
me enseña lo que no veo;
con ella y un buen deseo,
todos leemos tal cual.
GENARO. Todos?
MARG. Sí, todos.
GENARO. Si así
fuera, yo lo he pretendido,
y hubiera tambien leido;
pero, nada; no leí.—
No á todos alcanza el don
de penetrar los arcanos
que sepultan los humanos
en su humano corazon.
No á todos, señora, es dable
al menos en mi sentir,

el sondear y medir
ese abismo imponderable.

MARG. Perdone usted si le arguyo:
hay que empezar por nosotros:
primero que el de los otros
¿ha medido usted el suyo?

GENARO. El mio...? lo pretendí;
pero tan hondo lo hallé...
tan hondo y oscuro, que
de la empresa desistí.
Lo hallé por demás sensible,
y me aterró, á lo que creo,
su afan, su eterno deseo
de amar todo lo imposible.

MARG. Ese extremado arrebato
es pasagero.

GENARO. No tal.

MARG. Pues bien, conocido el mal,
el remedio es inmediato.

GENARO. Me da usted una gran nueva...
ese remedio cuál es?...

MARG. No está lejos.

GENARO. Dónde, pues?

MARG. Usted consigo le lleva.
Al mal deseo que nace
póngale un freno...

GENARO. ¿Qué freno?

MARG. El de la razon.

GENARO. ¡Muy bueno!
eso se dice...

MARG. Y se hace.

GENARO. Se hace, bien: nuestro delirio
como usted dice enfrenamos;
¿y luego? nos condenamos
á otra vida de martirio,
de privacion, de dolor,
que á la del delirio iguala ..
Total: que la vida es mala,
que no puede ser peor.

MARG. Calme usté esos arrebatos...
GENARO. Soy de los más irascibles...
MARG. Ame usted.
GENARO. Amo imposibles.
MARG. Haga usted bien.
GENARO. Hago ingratos.
MARG. Si usted creyera!
GENARO. Creer!
y en qué?
MARG. En todo.
GENARO. ¿Y la razon?
Yo creo por conviccion.
MARG. Pues déjese convencer.
Inútilmente se afana
si piensa usted de ese modo:
¿acaso lo esplica todo
la pobre razon humana?
Sujete su pensamiento:
entre el no y el puede ser...
¿quién duda? ¡mejor es creer!
GENARO. (Tiene esta mujer talento.)
MARG. Félix y yo así pensamos,
y la vida nos encanta.
Ya verá usted cuánta y cuánta
felicidad disfrutamos.
Practicamos él y yo,
con todo el que se presenta,
el bien, sin tener en cuenta
el que lo agradezca ó no.
Con nuestros mútuos cuidados,
libres de riñas y enconos,
nos respetan los colonos,
nos aman nuestros criados;
y en esta paz tan augusta,
que nada alcanzarla cuesta,
ni el presente nos molesta,
ni el porvenir nos asusta.
Vaya, borre aquel total
y ponga usted en seguida—

«total—es buena la vida
cuando no se vive mal.»—

GENARO. Usted calma mi inquietud,
y regenera mi ser...
¡va usted á hacerme creer
señora, hasta en la virtud!

MARG. ¿En la virtud? ¡Claro está!

GENARO. Jamás la encontré.

MARG. ¡Qué escucho!
No la habrá buscado mucho,
búsquela usté y la hallará.

GENARO. Bien, á buscarla me invita,
y aunque con dudas batallo,
busco, y busco, y al fin la hallo,
la hallo en usted, Margarita.

MARG. Gracias por tanta merced;
pero bueno, al fin la halló.

GENARO. ¿Y si en consecuencia yo
me enamorara de usted?

MARG. ¡Jesus, y lo que ha buscado!

GENARO. Es un ejemplo.—¿Qué haria?

MARG. Entonces, le probaria
que no estaba enamorado.
Pero esto es en puridad
un ejemplo, una ficcion...

GENARO. Ejemplo que en conclusion
puede ser una verdad.
¿Y si lo fuera... ¡qué digo!
¿si acaso lo es ya... ¡qué medio?

FÉLIX. (Dentro.)
Ven por aquí...

MARG. Ese el remedio:
esa es la voz de un amigo,
que por verle á usted dichoso,
le ha traido aquí, á mi lado,
y ese hombre tan confiado
como noble, ese es mi esposo.

GENARO. A quien debo respetar,
ya lo sé: á cuya alegría

debo postergar la mia,
debo sufrir y callar.
Sentir un naciente amor
y al punto romperle el ala....
¿Lo vé usted? la vida es mala,
oh! no puede ser peor!

MARG. Vuelve usted?

GENARO. ¿No he de volver?
y aunque parezca á usted raro...

MARG. ¡Silencio, por Dios, Genaro!

GENARO. (Qué deliciosa muger!)

ESCENA VI.

MARGARITA.—SOFÍA.—GENARO.—FÉLIX.

FÉLIX. (Yo pondré piés en pared...)
Aquí está la bella ninfa,
que tú del Tajo en la linfa...

GENARO. ¿Se ha tranquilizado usted?

SOFÍA. Sí señor; mi aturdimiento
antes que usted se alejara
impidió que le expresara
todo mi agradecimiento...

GENARO. Señorita... (Sigue con ella aparte.)

FÉLIX. Agradecer
debe tanta bizarría...
(Bajo.) Oye, Margarita mia,
si nos dieran de comer...
En tanto, en santa quietud,
pues la ocasion es tan bella,
vamos á ver si él... ó si ella
por via de gratitud...

MARG. Como quieras, al momento.
(Se retira Margarita por el fondo.)

FELIX. Por algo se ha de empezar...
dejémoslos... Voy á entrar
á mudarme en mi aposento.
(Se retira por la puerta de la derecha.)

ESENA VII.

SOFÍA.—GENARO.

GENARO. (Alejándose de Sofía)
Olvide usted... (¡Cuánta miel,
y cuánta pueril lisonja!
Gazmoñita... vas á ser monja...)
SOFÍA. ¡Ay! (Estoy sola con él.)
GENARO. Qué?
SOFÍA. No, nada... que no puedo
remediar... como se han ido
mis hermanos... he sentido...
GENARO. ¿Algo parecido al miedo?
SOFÍA. Miedo.. miedo...
GENARO. Señorita,
sentiré que mi presencia
le inspire... (Qué diferencia
hay entre ella y Margarita!)
SOFÍA. Eso, no señor, no á fé!
GENARO. Pues recobre su reposo...
SOFÍA. Oh!... sí. (No es tan espantoso
como yo me figuré.)
GENARO. (¿No digo? Gazmoñerías!)
¿Conque con santo ardimiento
en el seno de un convento
vá usted á pasar sus dias?
SOFÍA. Pronto en él debo de entrar.
GENARO. ¿Muy pronto?
SOFÍA. Sin dilacion.
GENARO. ¿Es tanta su vocacion?
SOFÍA. (Pues! ya me va á enamorar.)
No puedo á usted responder
si ella me lleva al convento,
ó si es el convencimiento
de que lo debo de hacer.
GENARO. ¿Escrúpulos?
SOFÍA. Hasta el dia

ni aun he sentido su impulso.

GENARO. (Sentándose y hojeando un libro que toma del velador próximo.)
pues ándese usted con pulso.

SOFÍA. (¡Vaya una galantería!)
Miro al mundo con desden,
y soy muy aficionada
á la vida retirada.

GENARO. Entonces hace usted bien.

SOFÍA. ¿Uste aprueba?

GENARO. A no dudar:
el mundo es malo, no hay modo...
y á la mujer, sobre todo,
no se la puede aguantar.

SOFÍA. Permita usted que me asombre.

GENARO. Si digo que hace usted bien.

SOFÍA. El hombre es peor.

GENARO. Tambien,
tambien es muy malo el hombre.

SOFÍA. Falso.

GENARO. Y traidor.

SOFÍA. Y cruel:
perrito de todas bodas,
engaña á todas...

GENARO. Y todas
le engañan tambien á él.

SOFÍA. Sí, vaya usted á inquirir
de quién el engaño ha sido:
¡oh! el mundo!...

GENARO. Está corrompido:
¡si no se puede vivir!

SOFÍA. No, tanto como eso....

GENARO. Qué?

SOFÍA. La vida es buena en rigor
cuando sonrie el amor,
el amor de buena fé:
el amor franco, leal,
que nunca vierte ponzoña.

GENARO. (Pues esto no es de gazmoña.)

¡Oh! ¡qué amor tan celestial!

SOFÍA. Sí, celestial viene á ser;
de él aquí solo hay el nombre;
porque ¿dónde se halla el hombre?

GENARO. Cierto; el hombre... y la mujer?

SOFÍA. Con ella es más fácil dar;
mas él, tan independiente...
tan... busque usted.

GENARO. Es corriente;
sí, vaya usted á buscar.

SOFÍA. (Pues aún no me ha dicho nada:
lo mismo que una pared...)

GENARO. Señorita, encuentro á usted
por demás desencantada.

SOFÍA. (Ahora!) Acaso; recogí
de ejemplos una gran copia...

GENARO. Copia... ¿pero en causa propia?

SOFÍA. No señor!

GENARO. Más vale así.
No llegó á experimentar
desengaños?..

SOFÍA. No señor!

GENARO. Bien. Ni infortunios de amor?
eh?

SOFÍA. Nada!

GENARO. ¿Ni algun azar...

SOFÍA. No señor, no!

GENARO. (Alzando la voz y levantándose.)
Pues ¡ qué diablo...

SOFÍA. Ay!!

GENARO. Perdone usted, grité...
hablando de esto no sé...
olvido hasta con quien hablo.
Mas no se admire, creí,
cuando hablar de hombres le oía.
que de ellos algo sabria;
felizmente no es así:
no autoriza su desden
ninguna causa real...

yo de ellas puedo hablar mal
porque no me han hecho bien;
y esto á veces precipita...

SOFÍA. Mas de todas, no es razon...

GENARO. Cierto; habrá alguna excepcion,
si, como...

SOFÍA. Quién?

GENARO. Margarita,
su hermana de usted... ¡qué ser!
¡qué buen fondo! ¡qué lozana!...
¡su hermana de usted, su hermana
es todo una gran muger!
Tan modesta como bella,
razona bien, su fé es tanta,
que el que la escucha se encanta.

SOFÍA. (Vamos, todo para ella.)

GENARO. Hoy largamente le hablé,
y extremado bien me ha hecho.

SOFÍA. Sí, no dudo... (Buen provecho!)
(Siguen aparte.)

ESCENA VIII.

SOFIA.—GENARO.—FÉLIX.

FÉLIX. (Lo mismo que los dejé.
Vamos, Genaro se explica.
Si amanso este par de fieras,
digo que soy...

ESCENA IX.

MARGARITA.—SOFIA.—GENARO.—FÉLIX.

MARG. Cuando quieras...

FÉLIX. Chut!... míralos!... el pez pica!

MARG. Quiera Dios...

FÉLIX. ¿No ha de querer?
A tí ¿qué te ha parecido?

MARG. Bien; un mozo muy cumplido.
FÉLIX. Bravo!... (Alzando la voz.) Niños!... á comer!—
GENARO. (Dirigiéndose a Margarita y ofreciéndole el brazo.)
Oh!... si merezco el honor...
MARG. Vamos.
(Desaparecen del brazo por el fondo.)

ESCENA X.

FÉLIX.—SOFÍA.

FÉLIX. (Dando el brazo á Sofía.)
Bien te has despachado...
¿Qué te ha dicho?
SOFÍA. No me ha hablado
ni una palabra de amor.
FÉLIX. Hum! No te hagas la gatita...
SOFÍA. Nada, todo ha sido hablar
de mi hermana; y ¡qué encomiar!
y vuelta con Margarita;
que es modesta, que es tan bella,
que le encanta...
FÉLIX. Calla, sí?
(Separándose violentamente de Sofía como asaltado repentinamente de una idea.)
Ay!! en esto no caí!...
¿á que se enamora de ella!?
Ella... pues, como es tan llana,
y tan... ¡voto á Belcebú!
SOFÍA. Vamos?
FÉLIX. Y ¿qué haces ahí tú?
¿por qué no vas con tu hermana?
SOFÍA. ¡Ay qué toro...
FÉLIX. Qué?..
SOFÍA. Un leon
pareces... ¿Cómo acertar?
pensé que me ibas á dar
el brazo...
FÉLIX. Tienes razon. (Le vuelve á dar el brazo.)

Perdona... Sí, el pobrecillo
como está así... ¡bueno fuera!..
Pero, que yo no cayera...

SOFÍA. Pero ¿te ha entrado hormiguillo?

FÉLIX. No sé, vamos al salon.
Salvarle... si; bueno y santo;
pero á costa de... No! á tanto
no llega mi abnegacion! (Se dirige al fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

FÉLIX.

Cuando uno da en cavilar,—
va la mente poco á poco... (Se levanta.)
¡Si hay para volverse loco!..
No he podido descansar.
Desde que aquí se fijó
aquella idea maldita,
del alma no se me quita
un peso... vaya! ¿pues no?
Como es tan leve el atranco,
ta fácil de... Me parece
que el asunto lo merece;
¡apenas el niño es manco!
Libertino sin segundo
¿qué cosa le detendrá?..
ninguna; como que está
de mala fé con el mundo.
Si yo le hubiera dejado
que se rompiera el bautismo...
Luego dicen ¡egoismo!
¡Si señor, y refinado! (Vuelve á sentarse.)
Me tienen de estas pasadas
algunas... Haga usted bien! (Se levanta.)

Si merezco que me den
cuatrocientas bofetadas.
Dado su genio, y su estado...
al traerlo yo debia
suponer... pues! que se iria
al momento á lo vedado.
(Llamando.) Braulio!... De marca mayor
ha sido mi ceguedad.
Crea usted en la amistad,
crea usted en el amor.
En cuanto á amor... no! su precio
es muy justo que recobre...
¿qué culpa tiene la pobre
de que haya sido yo un nécio?
No obstante, me dijo ayer
que le habia parecido
Genaro un mozo cumplido...
¡Yo me voy á deshacer!...
Mas ¿dudar de ella!... ¡qué ultraje!
un loco, un imbécil soy;
para convencerme voy
á proyectar otro viage.
(Llamando.) Braulio!... No me dejará
marchar; como si lo viera;
llegado ayer, ¿hoy afuera
otra vez? Bah! se opondrá.
Y entonces ¿qué duda tiene?
Veremos si ese mocito...
(Tirando del cordon de la campanilla.)
Pero ese Braulio maldito
¿á dónde está que no viene?

ESCENA II.

FÉLIX.—BRAULIO.

BRAUL. Señor! señor!
FÉLIX. Condenado!
¿adónde estás?

BRAUL. Si hasta ahora
no oí...

FÉLIX. Bueno. ¿Y la señora?
¿aún no se habrá levantado?

BRAUL. Sí señor, bien de mañana.

FÉLIX. Y ¿adónde está?

BRAUL. De paseo
en el jardin...

FÉLIX. Sola?

BRAUL. Creo
que está tambien...

FÉLIX. Quién? ¿su hermana?

BRAUL. No, el que acaba de bajar
es su amigo...

FÉLIX. Quién! camueso!
¿él?

BRAUL. Sí señor; él.

FÉLIX. Él?!... Y eso
¿qué tiene de singular?
Vamos á ver: que ha bajado...
pues que baje; ¿y qué!

BRAUL. Por mí...

FÉLIX. ¿Piensas que ha venido aquí
para vivir encerrado?
¿De qué te admiras, jumento?

BRAUL. Si á mí no me maravilla...

FÉLIX. Cuidado que... Vé y ensilla
dos caballos.

BRAUL. Al momento.

ESCENA III.

FÉLIX.—Despues MARGARITA.

FÉLIX. ¡Ya ha bajado!... tras su huella
como un perdiguero vá!...
Toma! y puede que esté ya
en el bosque al lado de ella...
No, pues como yo me amosque...

Voy á bajar... Pero ¿así,
en bata?...

MARG. (Saliendo.) Félix?...

FÉLIX. ¡Tú ahí?
(Vamos!... no estaba en el bosque.)

MARG. Lo que acabo de saber
¿es cierto?

FÉLIX. ¿Qué, vida mia?

MARG. ¿Otro viaje?

FÉLIX. Ah! sí, queria....
(¿No digo? se vá á oponer.)

MARG. Pero comprender no puedo...

FÉLIX. Si es cuestion de horas no más.

MARG. ¡Tanto viajar! ¿dónde vas?

FÉLIX. Un paso de aquí; á Toledo.
Me he propuesto combatir
la manía de tu hermana,
y pensando esta mañana
dije, bueno será ír
á dar al tio un abrazo,
y hacerle ver que en conciencia
por ahora á la licencia
debe darle carpetazo.
Porque aún puede que haya forma
de convencerla, y merece...
¿qué dices?

MARG. Si te parece
á tí bien...

FÉLIX. (¡Ay!... se conforma!)
En las chicas hay manías,
que pasan, y pasará
la suya. El viaje será
cosa de... dos ó tres dias.
Si van á volverse locos
allá...

MARG. ¿Solo dos ó tres?

FÉLIX. Sí, dos... por ahí, eso es.
(Á que le parecen pocos?)

MARG. No habia pensado yo

en que se diera ese paso;
mas si tú lo crees del caso,
bien está.

FÉLIX. (¡Se conformó!)

MARG. Y ¿cuándo...

FÉLIX. Es cosa resuelta;
mas si tú...

MARG. No!...

FÉLIX. Si lo sientes...

MARG. Cuanto más pronto te ausentes
más pronto darás la vuelta.

FÉLIX. Ah!... sí... Á tu vez con Sofía
habla de cierta manera...
y en tanto que yo esté fuera
os puede hacer compañía
Genaro. El plazo fatal
hoy cumple... Con que ¿me explico?
Ya has visto... es un pobre chico...
eh?..

MARG. No me parece mal.
(¡Qué alma tan inocente!)

FÉLIX. Pues cuidado, vida mia:
voy á vestirme... Sofía
extrañará, es evidente,
mi marcha...

MARG. La prevendré.

FÉLIX. Pues anda y venme á vestir.

MARG. Sí, sí, voy.
(Se retira por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

FÉLIX.—Despues BRAULIO.

FÉLIX. ¡Me deja ir!
¡Dios mio... si estorbaré!
¡Oh viento y cómo te mudas!...
Me ha dejado frio, absorto...
Fortuna que el viaje es corto...

mas ¿partir con estas dudas...
¡No me resuelvo á marchar!
¡ni un terremoto de aquí...

BRAUL. (Saliendo.)
Ya he puesto las sillas.

FÉLIX. Sí?
pues vuélvelas á quitar.

BRAUL. Que quite, que ponga, á fé
que es droga si á cada instante...

FÉLIX. (Agarrando una silla.)
Quita las sillas, tunante,
ó te pongo esta...

BRAUL. (Escapando.) Si haré.

ESCENA V.

FÉLIX.—Despues GENARO.

FÉLIX. ¿Tambien este bruto?... Pierdo
el juicio... no sé, no sé
cómo... ¡Si parece que
todos se han puesto de acuerdo
para aburrirme... ¡Ay de mí!
(Vuelve á sentarse.)
me metí en una... que ya!
Lo traje... echarlo ahora... ¡Cá!
¿cómo lo echamos de aquí?
Y ¿cómo de esta manera
vivir?... Lo que es yo no puedo...
¡Si en este viaje á Toledo
acompañarme quisiera...
Oh! si quisiera, en el Nuncio
lo dejaba acomodado,
y una vez allí encerrado
adios amigo, ¡abrenuncio!
¡Esto si...!
(Aparece Genaro en el fondo como buscando á alguien.)

GENARO. (Tampoco está.)

FÉLIX. ¡Por vida del Dios Apolo!

GENARO. Félix?

FÉLIX. Quién! Ah!

GENARO. ¿Ya hablas solo?

FELIX. Je! je! (Se burla...) Hombre, acá
discurria, discurria...
mas creo que en vano lucho...

GENARO. Con qué?

FÉLIX. Me preocupa mucho
la decision de Sofía.
¡Qué lástima!... ¡Una mujer
como ella, de su valor!...
porque, chico, es un dolor...
Sí, no vayas á creer
que se parece á ninguna
de las que tú has conocido.

GENARO. No dudo...

FÉLIX. Y tan buen sentido,
y tan bonita fortuna...
Tan cándida, que electriza:
jóven, solterita, bella,
y en cuanto á virtud, la de ella
es una virtud maciza...
y nada, no hay que dudar;
de niña la he conocido...
¿lo oyes?

GENARO. Sí, me ha parecido
una mujer no vulgar.

FÉLIX. Ya, ya! ¿De vulgar esfera?
¡Bonita es ella!... ¿Sofía?
Seguro estoy de que haria
la ventura de cualquiera.
Y ya figurarte puedes
si deberé ó no sentir
que se vaya á consumir
allá entre cuatro paredes.
En pensándolo me crispo!...
¿Qué opinas tú de marchar
á Toledo, y allí hablar
con su tio el arzobispo?

GENARO. Que puede que descubrieras
con él algun rumbo nuevo.
Vé.

FÉLIX. Es que solo no me atrevo...
¿si acompañarme quisieras?...

GENARO. No tengo dificultad.

FÉLIX. (Levantándose.)
Sí? bien! La jornada es corta,
legua y media...

GENARO. Eso ¿qué importa?

FÉLIX. Genaro, ¡cuánta bondad!
Braulio!

GENARO. Hombre, bondad no es.

FÉLIX. Oh! sí!

GENARO. Cosa tan sencilla...

FÉLIX. Braulio!!

BRAUL. (Saliendo.) Señor!

FÉLIX. Vé y ensilla
tres caballos.

BRAUL. ¿Ahora tres?

FÉLIX. Tres, sí señor; lo que mando
al momento, ó ¡vive Dios!

BRAUL. Como antes solo eran dos...

FÉLIX. Pues ahora son tres!

BRAUL. Volando! (Se retira.)

FÉLIX. Vamos á partir al punto:
ya que este raro incidente
ha surgido de repente...
el llanto sobre el difunto.
Sí: de hacer un bien se trata,
y no quiero que por mí...
voy, voy. Tú estás bien así:
voy á quitarme esta bata.
(Entra en la habitacion de la derecha.)

ESCENA VI.

GENARO.

¡De hacer un bien!... Cada cual
lo ve segun su deseo.
¡De hacer un bien! dice; creo
que vamos á hacer un mal.
Es un hombre original
este Félix; no hay desliz,
no hay vicio, cuya raiz
no esté pronto á remover...
luego, con esa mujer...
¡Oh, qué Félix tan feliz!
Yo no sé lo que daria
por sentir dentro del alma
esa quietud, esa calma,
y á la vez esa energía.
Mejor es creer! decia
ayer Margarita aquí,
y escuchándola creí;
por eso para creer
la busco, la quiero ver!...
pero ¡nada! ¡huye de mí!
En el bosque esta mañana
la encontré, y ella me vió;
quise acercarme... y pasó,
pasó como sombra vana.
¿Si esta mujer tan ufana
como tantas que se ven...
jugará con el desden!...
Que soy un torpe confieso;
no es como tantas, por eso
no me escucha y hace bien.
Si escuchara mis pesares,
oyendo, se apiadaria,
y al fin se confundiria
con las mugeres vulgares.

Conoce bien los azares
de amor, y en su inquieto mar
no se expondrá á naufragar...
En tanto, yo nada espero,
ni ya esperar nada quiero;
¿qué es lo que puedo esperar?
¿Volverán aquellas horas
de esperanzas y alegrías?

ESCENA VII.

MARGARITA.—SOFÍA.—GENARO.

MARG. Genaro, adios.
SOFÍA. Buenos dias.
GENARO. Muy buenos dias, señoras.
MARG. ¿Cómo tan solito aquí?
GENARO. Porque solo me han dejado;—
yo... compañía he buscado;
mas pienso que huyen de mí.
SOFÍA. (Por mí lo dice.) (Separándose á un lado.)
MARG. Quimera!
¿Huir de usted, de un amigo...
GENARO. Pues no hay duda en lo que digo.
MARG. Quién huye?..
GENARO. (Bajando la voz.) Usted la primera.
MARG. Cómo?
GENARO. Esta mañana...
MARG. Ah! sí;
le saludé...
GENARO. Una sonrisa
de lejos...
MARG. Iba de prisa,
es verdad, pero no huí.
GENARO. Quise con usted hablar...
MARG. Ya hablaremos.
GENARO. Pero cuándo?
Tanto lo estoy deseando!..
MARG. Félix pronto va á marchar...

GENARO. Qué dice usted, Margarita?
MARG. Y en marchando, con sosiego
hablaremos.—Hasta luego.
GENARO. (¡Dios mio! ¡esto es una cita!)
MARG. (Entrando en la habitacion de la derecha.)
(Yo he de curar á este loco
mal que le pese á su estrella.)

ESCENA VIII.

SOFÍA.—GENARO.

SOFÍA. (Estos secretos de él y ella,
digo que me gustan poco.
Bah! ya se fué: sola y muda
con él, me vuelve á dejar...)
GENARO. («Félix pronto vá á marchar
y hablaremos...» Pues no hay duda.)
SOFÍA. (Ahí se está, vé que me quedo
y se calla... cree que soy
algun mueble... y si me voy
dirá que me voy por miedo.) (Tose.)
GENARO. (¡Extraño lance es á fé!
pero aunque mi dicha es tanta,
de paso me desencanta...
¡como todas me engañé!)
SOFÍA. (Impaciente y dando un golpe en la mesa con una de las figurillas que hay sobre ella.)
Jesus!
GENARO. Eh?... ¡Linda Sofía!
¿qué es eso? ¿qué le ha pasado?
SOFÍA. Nada, nada; que he quebrado
este muñeco.
GENARO. ¡Mal dia!
si rompiendo principió,
en eso no parará.
SOFÍA. Parará en lo que otros. Bah!
no soy fatalista.
GENARO. No?

SOFÍA. ¡Dios me libre! Es más ardiente
mi fé; la guardo sin tacha
de augurios.

GENARO. (Esta muchacha
es siquiera consecuente...
Mas puede que en ocasiones,
como otras, punto por punto...)
Amiga es usté un conjunto
de envidiables perfecciones.

SOFÍA. ¡Oh!... ni una.

GENARO. Y aun más de dos...

SOFÍA. La vanidad no me incita...

GENARO. Todo eso se necesita
para consagrarse á Dios.
Incontrastable virtud,
modestia, humildad, creer...
sí, de todo es menester
con tan bella juventud,
para aceptar en la tierra
un encierro perdurable.

SOFÍA. (Vaya! hoy está más amable.)

GENARO. Y por eso usted se encierra;
porque las tiene extremadas,
y puede usted en rigor,
atravesar sin rubor
aquellas puertas sagradas...
¡Puertas ¡ay!... que, á la verdad,
con un misterio profundo,
fijas están entre el mundo
y la oscura eternidad!

SOFÍA. (¡Qué bien habla!)

GENARO. Usted va en pós
de lo cierto. ¡Qué dichosa
allí será usted! ¡Esposa...
¡Esposa de todo un Dios!
¡Es sublime! Sin embargo;
cuando la maciza red
se cierre detrás de usted,
puede que lance un amargo

sarcasmo la abandonada
sociedad, ó algun acento
dolorido arroje al viento
más de un alma enamorada.

SOFÍA. No, jamás tales dolores
causará la ausencia mia.

GENARO. Pero ¿es posible, Sofía?
¿no ha tenido usted amores?

SOFÍA. Nunca.

GENARO. ¿Y eso pudo ser?

SOFÍA. Siempre digo la verdad.

GENARO. Creo en su sinceridad...
aunque es duro de creer.
¿Qué séres la han rodeado
tan insensibles, ó rudos:
tan ciegos, ó sordo-mudos...

SOFÍA. No; por ellos no ha quedado.
Muchos, muchos me dijeron
que se morian por mí;
pero á ninguno creí,
los dejé y no se murieron.

GENARO. Pero acaso de otro mal
habrán sufrido la suerte;
¡que hay muchas clases de muerte
además de la real!

SOFÍA. No sé. Luego como ven
mi constancia por la vida
del claustro, y tan decidida...
no se acercan.

GENARO. Y hacen bien:
no es extraño. ¿Qué mortal,
por más que aspire á subir
se atreverá á competir
con un divino rival?
Debe usted hacerse cargo
que en lances de este jaez,
es mucha la pequeñez
del mortal; y sin embargo,
se salvarán más de dos;

en esta creencia abundo,
porque tambien en el mundo
se puede servir á Dios.
Vea usted, su hermana querida...

SOFÍA. (Eh! Ya salió á relucir...)

GENARO. En ella ¿qué hay que pedir
de grato á la humana vida?
¿Qué dolor turba su seno?
vive feliz, y es casada....

SOFÍA. Es que ha sido afortunada,
porque Félix es muy bueno.

GENARO. Esa es una gran verdad;
pero por bueno que sea,
¿no querrá usted que él posea
toda la humana bondad?

SOFÍA. Toda... toda, no.

GENARO. Pues bueno:
¿y si otro Félix un dia
á usted llegara, Sofía,
de amor, de ternura lleno...
usted que es tan justa, y que
rinde culto á la verdad...
¿Se iria á la soledad...

SOFÍA. (¡Cómo apura!) No lo sé.

GENARO. ¿Duda usted?

SOFÍA. Qué prègunton
está usted hoy!

GENARO. No se altere
por tan poco, y si usted quiere
basta de conversacion.

SOFÍA. Dicen que son las de amores
largas... Ya la seguiremos,
que tiempo de hablar tenemos.
Voy á visitar mis flores.

GENARO. Avergonzadas caerán
en viéndola á usted...

SOFÍA. No espero...

GENARO. Pues debian...

SOFÍA. ¡Lisonjero!

(Cuando quiere es muy galan.)

GENARO. Durará mucho su ausencia?

SOFÍA. (Retirándose por el fondo.)
No mucho, que el sol ya pica.

ESCENA IX.

GENARO.

¡Hay tal mezcla en esta chica
de malicia y de inocencia,
que extremece! ¡Es un dolor
que no haya amado... ¡Oh portento!
¿y ha de llevarse un convento
las primicias de su amor?
Entre el mundo en que hoy está,
y esa otra vida tranquila,
paréceme que vacila...
Sí? ¡pues del mundo será!
Si al fin me animara yo...
pero qué! el humor me falta
para emprender... ¿Quién asalta...
¿quién conquista... y ¿por qué no?
Aun hay alientos en mí...
¿No he concertado una cita
con su hermana Margarita?
Bravo! ¿qué saldrá de aquí?
Héme otra vez... ¡vive Cristo!
lanzado en la lucha incierta...
Parece que se despierta
mi corazon...

ESCENA X.

FÉLIX.—GENARO.

FÉLIX. ¡Ya estoy listo!

GENARO. ¿Eh?

FÉLIX. ¿Cómo eh?

GENARO. ¡Hombre, qué gesto!
FÉLIX. Como dices... eh?
GENARO. Sí.
FÉLIX. ¡Ya!
GENARO. Como has dicho...
FELIX. Claro está.
GENARO. ¿Dónde vas tan peripuesto,
tan avispado?...
FÉLIX. Me avispo
oyéndote: te has quedado
de pronto desmemoriado;
¿dónde? á ver al arzobispo.
GENARO. ¡Ah! es verdad. ¡Por Belcebú!
que ya de ese personaje
no me acordaba: buen viaje.
FÉLIX. ¡Cómo buen viage!... ¿pues y tú?
GENARO. (Mirándose.)
¿Yo? ¡qué tengo yo!...
FÉLIX. ¡Bien va!
con que despues de... ¡me vuelo!
GENARO. ¿Qué dices?
FÉLIX. ¿Pero estás lelo?
¿no vienes conmigo allá?
GENARO. ¿Yo?... Félix, ¡vaya un capricho!
¿yo á Toledo? Si es tan triste,
tan sombrío, que me embiste.
FÉLIX. Pero hombre, si antes has dicho
que me ibas á acompañar.
GENARO. ¿Lo dije? pues lo diria
sin saber lo que decia.
FÉLIX. (Vamos se quiere quedar.)
GENARO. Aunque un tesoro me den
no cambio aquel lugaron
por esta dulce mansion;
¡lo paso en ella tan bien!
FÉLIX. (¡Ham!)
GENARO. No me quiero alejar
ni un solo momento de ella;
es tan alegre, tan bella!...

FÉLIX. ¡Mucho!... (La voy á quemar.)
GENARO. Luego, aunque el viaje es de horas,
á veces cosas suceden...
ni está bien que solas queden
en el campo dos señoras.
FÉLIX. ¡Qué! si están bajo este techo
acostumbradas las dos
á vivir solas...
GENARO. ¡Por Dios!
mal hecho, Félix, mal hecho.
Y ya que falte el esposo,
bueno es que pueda quedar...
FÉLIX. Quien ocupe su lugar...
Te has vuelto muy cuidadaso...
GENARO. ¡Toma! harás con tus lecciones
que mi carácter se mude.
FÉLIX. ¡Qué dicha! (¿Y habrá quien dude
de sus rectas intenciones?)
GENARO. Con que nada; por demás
vé descuidado: yo haré
que todo aquí...
FÉLIX. Sí; ya sé
que no te descuidarás.
Aunque, á la verdad, no temo
que ocurra en este confin...
(Tendré que emplear al fin
con él el medio supremo...)
GENARO. Es cierto, en tan breve espacio
tambien á mi vez confio...
Tú, arregla lo del mongío
allá...
FÉLIX. Eso! ¿y con despacio?
¿no opinas tú?
GENARO. Como creas
que deba hacerse: si ves
que conviene... El caso es
que logres lo que deseas.
FÉLIX. (¡Qué zorro!) ¿No he de lograr?
como que tengo yo un medio

que con él no hay más remedio...
(¡Lo voy, lo voy á emplear!)

GENARO. Pues chico, á él.

FÉLIX. ¡Oh! sí, sí;
lo usaré, pierde cuidado;
y ya que estás bien curado,
y que tan bien te va aquí,
quiero tranquilo emprender
mi espedicion á Toledo:
me parece que sin miedo
te puedo ya devolver...
(Buscando algo en el bolsillo.)
esta cándida paloma
con que hace un mes impedí...
(Enseñándole una pistola.)
¿La recuerdas?

GENARO. Mucho, sí;
la conozco bien.

FÉLIX. Pues toma.

GENARO. Hace un mes ella debió
poner fin á mi existencia.
Hoy ya soy otro en la esencia...

FÉLIX. Pues guárdala.

GENARO. No, aun no,
Consérvala. Convendrás
en que el plazo era de un mes;
el plazo espira á las tres,
(Mira el relój.) Y son las nueve no más.
(Se dirige hácia el fondo. Félix siguiéndole.)

FÉLIX. Pero ¿y qué? ya no se trata...

GENARO. No obstante...

FÉLIX. ¿Quién en la fecha...

GENARO. (Desapareciendo.) (Paréceme que sospecha...)

ESCENA XI.

FÉLIX.—Despues BRAULIO.

FÉLIX. ¡Este hombre ya no se mata!
¿Qué se ha de matar?... Medrados

estamos!... ¡Si en este Eden
dice que le va muy bien!

BRAUL. (Saliendo.) Ya están los tres ensillados.

FÉLIX. ¿Quiénes son? ¿Qué tres, vampiro?

BRAUL. Los caballos.

FÉLIX. Ya no voy.

BRAUL. ¿Con que otra vez...

FÉLIX. ¡Por quien soy...
(Apuntándole.) Te voy á pegar un tiro!

BRAUL. (Huyendo.) Ay, ay!...

ESCENA XII.

FÉLIX.—Despues MARGARITA.

FÉLIX. ¡Uf!... si me exasperas...
No salgo de aquí, no salgo.—
Aunque... Á mí me va á dar algo...
(Sentándose.) Estoy rendido, y de veras.
¡Haga usted bien!... Voto á san!...
Déle usté amparo sin tasa,
y despues... déjele en casa...
¡Qué más quisiera el galan!
No voy á Toledo, no!
para mí ya no hay misterio
en esto... y el lance es sério:
toma, ¡y tan sério! Él ó yo.—
¡Quién hace un mes me diria
(Contemplando la pistola: Margarita sale del cuarto de la derecha y se adelanta lentamente hasta colocarse cerca de Félix sin que éste lo note hasta que lo indique el diálogo.
cuando con esta evité
una catástrofe... que
contra mí se volveria?
¿Cómo entónces imaginar
la trama infernal que acabo
de descubrir... Nada! al cabo
nos tendremos que matar.
Oh!... y yo debo preferir

la muerte á la lucha impía...

MARG. (Arrancándole con severa dignidad la pistola.) Félix.

FÉLIX. (Sobrecogido.) ¡Margarita mia... oistes?

MARG. No quise oir.

FÉLIX. No te enojes... mira, yo estaba aquí distraido... ¿Verdad que nada has oido?

MARG. ¿No he dicho una vez que no?

FÉLIX. Dijístes? pues bien, me quedo, ya no voy.

MARG. ¿Qué?

FÉLIX. No!... jamás!...

MARG. ¿Cómo qué? ¡Vaya si irás!

FÉLIX. Pero, ¿á Toledo?

MARG. ¡A Toledo! Hace un momento...

FÉLIX. Ya sé...

MARG. Ese viaje has proyectado; ¿por qué tan pronto has cambiado de opinion?

FÉLIX. Cambié, porque tú y la casa...

MARG. ¿Sí?

FÉLIX. Pues no? os quedais solas... y encuentro...

MARG. Para guardar lo que hay dentro me basto y me sobro yo.

FÉLIX. ¿Quién duda...

MARG. Sin vacilar á Toledo.

FÉLIX. ¡Oye, muger...

MARG. Félix... *Mejor es creer*, y... ¡cuidado con dudar! (Se retira, puerta izquierda.)

ESCENA XIII.

FÉLIX.—Despues BRAULIO.

Ahora se va con enojos...
¿Cómo domar su entereza...
¡Á Toledo de cabeza!
¡Braulio!.. Hay que cerrar los ojos,
y á escape, á escape á Toledo.
¿Qué dia es hoy?.. ¡Qué horror!
¡si es martes!.. Braulio!..

BRAUL. (Asomando la cabeza con precaucion por la puerta del fondo.) Señor!

FÉLIX. Entra.

BRAUL. Pero...

FÉLIX. Entra sin miedo.

BRAUL. (Adelantándose.)
No se pierde tan ainas...

FÉLIX. Pon la yegüa.

BRAUL. ¿Otra te pego?
la yegua, para que luego...

FÉLIX. Braulio! Braulio! Me asesinas
con tus... respeta mi calma.

BRAUL. Pero ¿está usted malo?

FÉLIX. No!

BRAUL. ¿Pasa algo...

FÉLIX. Nada!

BRAUL. Es que yo...

FÉLIX. Braulio... que te rompo el alma,
y si no te vás... Pon la yegua...

BRAUL. Voy. (Se retira.)

FÉLIX. Es buena corredora,
y salva en un cuarto de hora
sin fatigarse una legua.
Á escape iremos ¡pardiez!
¿quién á quedarse se atreve?
¡Mejor es creer! ¿Son las nueve?..
De vuelta estoy á las diez.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.—Aparece Margarita sentada cerca de un velador examinando unos papeles.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA.

¡Qué despilfarro!... ¿En un mes
cinco mil trescientos doce?...
si en ese Madrid es oro
cuanto se respira y come.
Luego esta cuenta no está
como Dios manda... Catorce,
diez y seis, veinte... lo dicho!
La suma no está conforme
con las partidas... ¡qué Félix!
Oh!... como una no se tome
el trabajo de mirar,—
él por barrancos y montes
pasa... (Toca la campanilla y sale Braulio.)

ESCENA II.

MARGARITA.—BRAULIO.

BRAUL. ¿Llama usted, señora?
MARG. Sí llamo.—Ven acá, hombre.

Esta cuenta no está clara.
BRAUL. Pues si puse unos letrones...
MARG. Los letrones no son números,
y en ellos está....
BRAUL. Demontre!
Pues no sé cómo... he pasado
con ellos toda la noche...
MARG. Por eso; el cansancio, el sueño
es muy fácil que equivoquen...
de noche se cuenta mal.
(Devolviéndole la cuenta.)
Vuelve á mirarla, recorre
sus partidas, y que baje
esa suma tan enorme.
BRAUL. ¿Que baje? Como no suba...
MARG. ¿En un mes...
BRAUL. Para dos hombres
y un caballo, no es un gasto
que digamos... pues! que asombre.
MARG. Pero si está mal sumada,
si has puesto partidas dobles...
recórrelas nuevamente,
que en cuentas no admito errores.
(Entra en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA III.

BRAULIO.

Partidas dobles... la suma...
¡No hay nada que me encocore
tanto como el echar cuentas
y andar entre papelotes!
Siempre á mí me salen mal,
nunca hay medio de que sobre
en ellas ni un real de plata...
¡Ya es droga!... Y cuando se pone
la señora á darles vueltas,
como es tan lince, y conoce

y entiende, y sabe de todo,
las echa abajo de un golpe.
¿Por dónde sabrá los precios
que allá en los Madriles corren?
«—La cebada no está á treinta,
que está á diez y ocho.»—En la córte
los teatros cuestan tanto.»—
«—Y tanto alquilar un coche.»—
«—Por cuanto en la fonda tal
se hospedan duques y condes...»—
Y lo mismo sabe el precio
del alpiste y del arrope.—
Dígole á usted que es trabajo
tanto saber. Me corrompen
(Se sienta y toma una pluma.)
los tales números... ¡Vuelta
á sumar... me dan sudores!...
(Contando con los dedos.)
Siete y siete... diez y nueve...
¡Ya han caido dos borrones!...
(Los quita con la lengua.)
¿Cuántas dije? ah! veinte y nueve
y ocho, treinta y cinco... y once
cuarenta y ocho, y me llevo
ocho... Cómo! ¡por san Roque!
¿ahora tenemos pares?
pues no sale, aquí son nones.
Lo que es para otra, primero
consentiré que me azoten...
Siete y siete...
(Sale Sofía por el fondo con flores en la mano.)

ESCENA IV.

SOFÍA.—BRAULIO.

SOFÍA. Uf! qué calor!
¿Qué haces, Braulio?
BRAUL. (Levantándose.) Usted perdone,

señorita; estoy metido
en un mar de confusiones
con las cuentas de Madrid...
Y como yo soy tan zote...
y el ama quiere que estén
muy claras...

SOFÍA. No te sofoques...
Jesús!... y ¡qué garabatos!...

BRAUL. ¿Son garabatos?

SOFÍA. Y atroces.

BRAUL. Pues yo los entiendo bien;
pero nada, no hay emboque
para el ama, y sumo, y sumo,
me aturdo, y no sé por dónde...

SOFÍA. Déjalas, yo las veré
y haré por poner en órden...

BRAUL. Señorita... Dios le premie...
¡mándeme usted que me arroje
en un pozo de cabeza!
¿Quiere usted...

SOFÍA. No, no te mojes
por tan poco. ¿Y don Genaro?

BRAUL. ¿Don Genaro? Como un monge
allá en su cuarto metido...

SOFÍA. Pon en mi altar esas flores.

BRAUL. Nada más?

SOFÍA. Nada más, Braulio.

BRAUL. Pues eso ya está, ¡á galope!
(Entra en la habitacion de la izquierda, y vuelve á poco.)

SOFÍA. ¡En su cuarto!... ¿quién diria...
Y parece tan osado...
Cinco horas lleva encerrado;
no, lo que es su compañía
no llegará á importunar.
Mi buen cuñado ha traido
un huésped muy divertido...

BRAUL. (Saliendo.)
Ya las puse en el altar.

SOFÍA. Pero ¿qué hace ese hombre?

BRAUL. (Mirando á derecha é izquierda.) Quién?
SOFÍA. ¿Quién ha de ser?
BRAUL. No comprendo...
SOFÍA. El huésped.
BRAUL. Ah!
SOFÍA. ¿Está durmiendo?
BRAUL. ¿Él dormir? Trae un belen
allá en el cuarto, un tragin,
que yo á veces me entretengo
oyéndole, como tengo
cerquita mi cuchitrin...
sin poderlo remediar
le oigo...
SOFÍA. Y qué?
BRAUL. Sin querer...
SOFÍA. Pero bien: ¿qué dice? á ver.
BRAUL. ¿Y quién lo puede explicar?
Ya con pasos desiguales
mide la estancia: ya sopla:
ya tararea una copla:
ya redobla en los cristales:
ya habla solo...
SOFÍA. Y ¿dice?
BRAUL. Así,
sobre poco más ó menos.—
«¡Qué no estalláran cien truenos!»—
SOFÍA. Ay!
BRAUL. —«¿Por qué la conocí?»—
SOFÍA. ¿Y qué más?
BRAUL. —«¡Estrella impia!...
La quiero... y no me querrá...
¡Qué guapa es!»—
SOFÍA. (¿Lo dirá
por Margarita, ó Sofía?)
BRAUL. Y aquí dá golpes, no pocos:
ya se para, ya pasea,
silba, ó suspira, ó berrea...
en fin, lo que hacen los locos.
SOFÍA. ¿Qué loco...

BRAUL. No! pues más de uno
en Toledo he visto yo.
SOFÍA. Y ¿oistes si pronunció
algun nombre?..
BRAUL. No oí ninguno.
¿Ni quién le busca atadero
á lo que dice el amigo
de mi señor?
SOFÍA. Pues te digo
que no está loco.
BRAUL. Lo infiero
de que...
SOFÍA. Pues infieres mal!
BRAUL. Bien... je!.. je!.. veo..!
SOFÍA. ¿Qué ves?
BRAUL. En usted un interés,
je!.. que no es muy conventual.
SOFÍA. Malicioso!
BRAUL. Toma! ¿y eso...
SOFÍA. Debo estarle agradecida...
no me ha salvado la vida?
BRAUL. Y que es la verdad.—Confieso
que nos puso usté en un potro
ayer: gracias que él la vió
y con presteza acudió;
¡pero si ayer era otro!
Tan risueño, tan templado
como ayer, seguro estoy,
pocos caen; lo que es hoy,
¡ya! ¡ya te quiero un recado!..
SOFÍA. Hasta ahora su furor
tu lábio es quien lo exagera.
BRAUL. Pues que se arrime hoy cualquiera
así, á pedirle un favor.
SOFÍA. Pobrecillo!
BRAUL. ¿Pobrecillo?
Tambien yo me doleria
mucho de él; mas le tendria
bien guardado en un castillo...

SOFÍA. ¿Por qué? ¿qué motivos da?
¿con quién se mete? ó ¿qué daño...

BRAUL. Ninguno, pero ó me engaño,
ó al fin y al cabo lo hará.

SOFÍA. Pues si estaba esta mañana,
tan amable, tan cortés...

BRAUL. Ps!... Con la fresca... Despues
le habrá entrado la cuartana.
¡Si usted viera los enojos
que hoy lleva en aquel semblante!...
y ¡aquel ceño!... aquel portante!...
¡yesca enciende con los ojos!

SOFÍA. Eh!... vaya, y qué terquedad!
me asustas con tu continó...

BRAUL. Es que le veo en camino
de hacer una atrocidad.

SOFÍA. ¿Sí, Braulio?

BRAUL. Yo cumplo fiel...
bueno es que estén advertidas...

SOFÍA. Y estamos solas!... vendidas!...

BRAUL. Oigo pasos!... Será él?

SOFÍA. Ah!...

BRAUL. Se acercan de quedito...

SOFÍA. Dios mio!

BRAUL. Sí, oigo pisar...

SOFÍA. Ay! no le dejes pasar!
(Echa á correr y desaparece por la habitacion de la izquierda cerrando la puerta. Aparece don Félix en la del fondo, pisando de puntillas.)

BRAUL. (Ah!... ¡El amo! Y, qué callandito!)

ESCENA V.

FÉLIX.—BRAULIO.

FÉLIX. (Se adelanta como recatándose, hasta colocarse en frente de Braulio. Le mira fijamente por breves instantes, y le dice en voz baja.) Tú estás como embarazado...

BRAUL. Yo!?... ¡Cómo que...

FÉLIX. No me mientas!
Sí; trémulo, sorprendido
de mí... ¿por qué esa sorpresa?
qué pasaba aquí? por qué
se ha cerrado aquella puerta
en el momento que yo...
quién se oculta detrás de ella?
BRAUL. Pero señor...
FÉLIX. Mira, Braulio,
que te abro en canal: confiesa;
ya sabes que fácilmente
ni se me engaña, ni enreda.
BRAUL. Pero qué he de confesar?
FÉLIX. Todo, todo!... ni una letra
te has de comer. ¿Quién estaba
contigo aquí en conferencia?
BRAUL. La señorita Sofía.
FÉLIX. Hola!... ¿Ella era!
BRAUL. ¡Ella era!
FÉLIX. Y por qué escapa?
BRAUL. Creyó
que era el loco, y más que apriesa
huyó de aquí.
FÉLIX. Que era el loco...
qué loco dices, gran bestia?
BRAUL. Por don Genaro lo digo.
FELIX. Loco? sí; como mi abuela.
Qué ha hecho? con quién ha hablado
en las horas de mi ausencia?
BRAUL. Consigo; por lo demás
con nadie.
FÉLIX. Con nadie?
BRAUL. Apenas
salió usted para Toledo,
él tambien dió media vuelta
y en su cuarto se zampó.
FÉLIX. Braulio...
BRAUL. Dale!
FÉLIX. Chuf!

BRAUL. (¡Me quema...)
FÉLIX. Y la señora?
BRAUL. En la sala
de labor con su doncella.
FÉLIX. Bien: como no me hayas dicho
la verdad, como me vendas...
BRAUL. Pero ¿qué está usted diciendo?
FÉLIX. Yo te ajustaré la cuenta.
Oye: ninguno me ha visto
entrar.
BRAUL. Y qué?
FÉLIX. En la alameda
de los chopos he dejado
abandonada la yegua.
BRAUL. Pues la voy á recoger.
FÉLIX. No quiero que nadie sepa,
hasta su tiempo, que he vuelto...
¿lo has entendido, babieca?
BRAUL. Ni la señora, ni...
FÉLIX. ¡Nadie!
¿qué quiere decir...
BRAUL. Pues ¡ea!
lo que es yo...
FÉLIX. ¡Si se te escapa
una palabra, una mueca
que dé á entender.
BRAUL. Cuando digo...
FÉLIX. Pues ¡cuidado con la lengua!
(Acabemos de una vez
con mis crueles sospechas.)
(Entra en la habitacion de la derecha, cuya cortina estará corrida.)

ESCENA VI.

BRAULIO.—Despues MARGARITA.

BRAUL. ¡Pues vuelve poco soplado!
Pero señor, ¿qué pamemas,

qué entradas y qué salidas
de pabana serán estas?
¡Cómo ha cambiado de génio...
el que antes era una obeja!
Está visto, mi señor
ha perdido la chabeta.
Desde que anda con el loco
se ha retentado... ¡por fuerza!
¡Si un loco diz que hace ciento,
y siempre el refran acierta!
¿Cuándo se irá el don Genaro
con mil... Vamos por la yegua.

MARG. (Saliendo.)
Oye, Braulio.

BRAUL. (Otra te pego:
¿á qué vuelve con las cuentas...)

MARG. ¿Qué le has contado á Sofia?
¿Qué cúmulo de simplezas
le has dicho de nuestro huésped?

BRAUL. Yo... señora... á mi manera...

MARG. Llena de temor ha entrado
cerrando todas las puertas...
¿Qué es esto? ¿quién nos persigue?
¿Qué has visto para que creas
que hoy, más que ayer, don Genaro
tiene accesos de demencia?

BRAUL. Lo que estoy viendo hace un mes,
nada!.. y como hoy la marea
estaba un poco más alta...
dije...

MARG. Es que tú con frecuencia
sueles ver lo que no existe.

BRAUL. Podrá ser; y eso á cualquiera...

MARG. ¿A dónde ha ido? ¿qué dijo
cuando entró?

BRAUL. ¿Quién?

MARG. Me exasperas
cuando...

BRAUL. Pero si no ha entrado

nadie aquí!

MARG. Pues ¿de quién eran
aquellos pasos que oistes...

BRAUL. ¿Aquellos pasos? (¡Aprieta!
ya voy diciendo...)

MARG. ¿De quién?

BRAUL. ¿Aquellos que tan de cerca...

MARG. Sí, justo.

BRAUL. Aquellos serian...
de la gata, ó de la perra.

MARG. ¿Lo estás viendo, Braulio? Si eres
la criatura más nécia...

BRAUL. Toma! pues ya lo sabemos...

MARG. Haber armado tal gresca
por nada! y si á mano viene
es muy posible que sean
visiones tuyas tambien,
lo que en su cuarto...

BRAUL. No, esa...

MARG. Lo veremos. Vé á buscarle,
y de mi parte le ruegas
que venga, que aquí le espero.

BRAUL. Pues vaya si iré.

MARG. Y no vuelvas
á decir una palabra
de cuanto escuches ó veas.

BRAUL. Bien, señora. (El ama, el amo...
que calle... pues ¡está buena!...
No hay más, desde hoy me convierten
en una pared maestra.)

ESCENA VII.

MARGARITA.

Está haciendo desatinos...
Con su endiablada pasion
llamará al fin la atencion
de criados y vecinos.

Habrá que ponerle á raya,
demostrarle que me ofende,
y que es fuerza que se enmiende
ó que al momento se vaya.
Extraviado ó perdido,
es digno de compasion;
pero, ¿y mi reputacion?
¿Y la paz de mi marido?
Hay de tal série de males
que evitar el vilipendio,
y antes que tome el incendio
proporciones colosales.
Sí, pronto estará de vuelta
Félix de su expedicion,
y quiero que esta cuestion
cuando llegue esté resuelta.
La justicia lo reclama...
Aquí está; llegó la hora.

(Se sienta en un confidente que habrá á la izquierda cerca del proscenio.)

ESCENA VIII.

MARGARITA.—GENARO.

GENARO. ¿Me han engañado, señora?
¿Es cierto que usted me llama?

MARG. Sí, Genaro; soy tan terca
que he escogido este momento...
pero tome usted asiento...
(Genaro va á sentarse en una silla que habrá distante.)
No tan lejos...
(Se dirige al confidente en que ella está.)
No tan cerca.

GENARO. (¡Qué juego es este! ¡Ay de mí!
habré en las redes caido
de una coqueta?...)

MARG. ¿Qué ha sido?

GENARO. (Genaro sentándose á una respetuosa distancia.)

Eh!... nada. ¿Estoy bien así?
MARG. Muy bien.
GENARO. Con que, Margarita,
¿usted desea que hablemos...
MARG. Sí señor.
GENARO. Ah!
MARG. ¿No tenemos
los dos pendiente una cita?
GENARO. ¡Recuerda usted...
MARG. Cosa es clara:
¿y se admira...
GENARO. Mucho, á fé;
pues no me lisonjeé
con que usted lo recordára.
MARG. Oh!... grande inportancia da...
GENARO. La que tiene.
MARG. Pues yo creo
que le engaña su deseo.
GENARO. ¿Me engaña?... fácil será.
(Tiene salidas bien raras
á veces, bien caprichosas...)
No obstante, señora, hay cosas
que son de suyo tan claras,
que las vé como conviene
hasta el hombre menos cuerdo;
por eso yo á su recuerdo
le doy el valor que tiene.
Si me engaño de esta vez,
digo que...
MARG. Pero Genaro,
qué es lo que usted vé tan claro?
GENARO. Usted mismo será juez.
Aun de mi asombro no he vuelto...
Ayer le hablé...
MARG. Ciertamente.
GENARO. Y hablándole, de repente,
me hallé en su atmósfera envuelto.
Sentí su dulce atraccion:
me creí regenerado,

y aquí, de todo olvidado,
abrí á usted mi corazon.
Usted que me contemplaba
y que indulgente me oia,
sin duda alguna veria
lo que dentro de él guardaba.
Casi tengo la evidencia
de que usted no se ofendió
al verlo, pues que me honró
concediéndome esta audiencia.
Y me encerré, quise huir
de esta cita que me inflama...
pero usted misma me llama...
Esto, ¿qué quiere decir?

MARG. Quiere decir, y no más,
que usted, como llego á ver,
para medir la muger,
no tiene más que un compás.
¡Está viciado su instinto!

GENARO. Oh! no...

MARG. Si no fuera así,
me hubiera medido á mí
con un compás muy distinto.

GENARO. Perdone usted...

MARG. ¿Mi perdon?...
no es lo que más necesita.

GENARO. No? pues de qué?...

MARG. De esta cita.

GENARO. ¿Y bien?... ¡hay tal confusion!

MARG. Siga usted los resplandores
de lo justo, y no la habrá.
Pues qué! ¿á las citas se va
solo para hablar de amores?

GENARO. Revelada una pasion
por el labio, ó por la vista,
no es de creer que se asista
á ellas... como á un sermon.
Y tal como se lo pinto,
al trance que hemos llegado...

MARG. Ahí tiene usted lo viciado,
que decia, de su instinto.
Es verdad que le escuché:
cierto que le comprendí:
verdad que no me ofendí:
y verdad que le cité.
Mas no la cita interprete;
¿no puedo yo, y con razon,
abrigar la pretension
de que me estime... y respete?
¿No puedo yo desear
que usted quede convencido
del error en que ha incurrido?
GENARO. (¡Vamos... mé va á marear!)
MARG. Usted ayer se dejó
llevar por su fantasía...
¿Hubo por la parte mia
el menor motivo...
GENARO. No!...
Y su virtud reverencio:
yo no supe reprimir...
mas ¿quién me puede impedir
amar á usted en silencio?
MARG. Usted.
GENARO. Yo?
MARG. Y á no dudar.
GENARO. Quiere usted que al cielo clame?
MARG. Lo que quiero es que me ame...
como se me puede amar.
GENARO. De esa vaga distincion,
quien tiene abrasada el alma,
no entiende: y en mí no hay calma
ni tanta resignacion.
Revelado el sentimiento:
despues de cuanto usted sabe...
Señora!... ¿qué es lo que cabe?...
MARG. Cabe... el arrepentimiento!
Cabe, Genaro, el pensar
que esa pasion malhadada,

puede en una casa honrada
reposo y dicha turbar.
Cabe el temer no se agrave
el enfermo corazon
que alimenta una pasion
tan ciega y tan torpe, y cabe
tambien el considerar
que ese amar á una mujer
esclava de su deber...
es un inútil amar.
Si ya tan perdido el tino
tiene usted, y la cabeza,
que no logra mi franqueza
atraerle al buen camino,
(Se levanta.)
fuerza será, en conclusion,
decir al hombre obstinado:
«¡es usted un gran malvado,
un mónstruo de corrupcion!»

GENARO. (Incorporándose.)
Señora...

MARG. Sí! porque quien,
con una constancia tal
tiene fuerzas para el mal
y ninguna para el bien:
quien se lanza á los placeres
sin mas ley que su capricho,
es todo lo que le he dicho:
si de esos menguados séres
es usted... para los dos,
al punto que hemos llegado,
le diré que está dejado
ya de la mano de Dios.
Y siendo así... vale poco
la vida: no le diré
que se la quite... ni que
la guarde mucho tampoco.

GENARO. Oh! sí; tiene usted razon;
si me la hubiera quitado

há un mes, me hubiera librado
de oir esta reprension.
Conozco que soy culpable;
que amándola... la ofendí...
pero ¡qué hacer?... ¡si es así!...
Iba siéndome ya amable
la vida... y yo le respondo
de que me hubiera salvado;
mas... de usted abandonado...

MARG. (Y tiene el pobre buen fondo:
lucha... pero en vano trata...)
Genaro, hable usted conmigo
como si fuera un amigo,
que yo no soy mogigata.
Olvide usted mi désden,
y echando á un lado los nombres,
hablemos como dos hombres...
como dos hombres de bien.
Tengo empeño, sí señor,
en probarle que usted mismo
por su bien, por egoismo,
debiera evitar mi amor.
Si usted carece de calma
y hasta la vida le pesa,
es porque no se interesa
en dar alimento á el alma.
Hé aquí el por qué de su hastío...
¿verdad, Genaro?

GENARO. Será.

MARG. Y ¿cree usted que le dará
alimento el amor mio?

GENARO. Quién sabe...

MARG. No! se lo juro,
y al jurar no me equivoco:
yo sé que nutre muy poco
alimento que no es puro.
Doblaria sus desvelos,
su dolor se aumentaria...
porque ese amor abriria

el infierno de los celos.
¿Verdad, Genaro, verdad?
así debe suceder
cuando se idolatra á un ser
que no tiene libertad.
Ante un marido, el amante
tiene que cerrar los ojos
y devorar sus enojos;
y ¿no será repugnante
á todo galan de bien,
saber en su amante empresa
que aquella frente que besa
otro la besa tambien?
¿No es esto verdad?

GENARO. Ah!.. sí!!!

MARG. Pues ya ve usted; de ese modo
¡qué dicha!.. Y despues de todo,
¿qué veria usted en mí?

GENARO. No!.. por favor!..

MARG. Oh! sí tal!
la verdad, Genaro, es una;
veria, sin duda alguna,
una muger desleal:
que mal envuelta en la red
del vicio, vivia ufana,
hoy engañando, y mañana,
á su marido... y á usted;
por último, una beldad
como otras que habrá obsequiado
en el mundo... y ha olvidado
despues... verdad? ¿no es verdad?
Y de ratos tan amenos
¿qué quedaria en revista?
qué? de más una conquista,
y una esperanza de menos.
Resultado, amigo mio;
un dia de luz ardiente,
para hundirse nuevamente
en las sombras del hastío.

Esto quiere hacerle ver....

GENARO. No se canse hablando así;
ya sé que no hay para mí
remedio.

MARG. ¿No lo ha de haber?

GENARO. Es que es urgente!

MARG. Le habrá.

GENARO. Á dónde ese bien me espera?

MARG. Como usted buscarlo quiera,
seguro que lo hallará.
Entre usted en el sendero
de que hoy le miro apartado:
el amor lícito, honrado,
es el amor duradero.
Él dará fuerza á su ser:
él será quien le defienda,
pues de cierto en esa senda
encontrará una muger
modesta, franca, leal,
que no le inspire temor,
ni por su vida anterior,
ni por su vida actual.
Ella con su afecto blando
le arrancará de la nada:
ella á su bien consagrada,
de su génio irá ahuyentando
lo sombrío, lo iracundo;
y al final de todo ello
todo lo hallará usted bello...
la muger, el hombre, el mundo.

GENARO. Se afana usted mucho, sí,
por desplegar á mi vista...
ay!.. ¿es posible que exista
tanta dicha para mí?

MARG. ¡Incrédulo! y ¿por qué no?
No se muestra usted avaro
con el bien... ¡Vamos, Genaro!
un esfuerzo, y se salvó.
Al auxilio celestial

acuda usted...

GENARO. Oh! si acudo,
de sus rigores no dudo,
porque ¡he vivido tan mal!

MARG. Qué importa? Basta un momento
para aquietar la conciencia:
¿qué error existe en presencia
de un buen arrepentimiento?
La calma de él vendrá en pos
con la luz de la verdad,
que hay mucha, ¡mucha bondad
en la justicia de Dios!

GENARO. (Conmovido.)
Me fuerza usted á que llore...

MARG. ¡Dichosa el alma que llora!

GENARO. (Arrojándose á sus pies.)
Permítame usted, señora,
que de rodillas la adore...

MARG. Sí, amigo mio! ese llanto
su redencion hoy alcanza...

GENARO. Me llena usted de esperanza.
Oh! cuánto le debo, ¡cuánto!

MARG. Soy feliz!

GENARO. El interés
de usted la vida me envia...

(Asoma la cabeza por entre las cortinas de la habitacion de la izquierda Sofía, y dice.)

SOFÍA. Ah!!

(Genaro al oirla va á incorporarse. Margarita se lo impide y dice con dignidad.)

MARG. Explique usted á Sofía
el por qué se halla á mis pies.

(Se dirige á la habitacion de la derecha, levanta la cortina, y se encuentra con Félix arrodillado tambien, á quien dice sin que los demás lo noten.)

¡Qué miro!... ¿Qué haces aquí?

FÉLIX. Adorarte, porque estalla
el corazon.

MARG. Calla! calla!

FÉLIX. ¡Bendita...
MARG. ¡Ven tras de mí!
(Cae la cortina y los oculta.)

ESCENA IX.

SOFÍA.—GENARO.

GENARO. Ya ha visto usted...
SOFÍA. Sí señor.
GENARO. Me he postrado reverente
cual se postra el penitente
á los pies del confesor.
Sofía... el sol nebuloso
que hasta hoy me alumbró, se aclara:
mi vida ha sido algo rara...
más que eso; un sueño espantoso.
Desconfiado, sin querer
meditar en lo que hacia,
ciego, ¡muy ciego! corria
al abismo del no ser.
Hoy lo miro sin temblar,
porque Dios puso á mi lado
un ángel que me ha salvado...
SOFÍA. Ella!
GENARO. Y me voy á casar.
Busco una muger honrada
á quien la indulgencia abone,
y tanto, que me perdone
toda mi vida pasada.
Busco un semblante sereno,
que si en mí no vé un regalo,
no mire al que ha sido malo,
sino al que quiere ser bueno.
Si la encuentro... por demás
seré feliz: si me engaña
este afan, saldré de España
para no volver jamás.
¿Qué dice usted?

SOFÍA. Yo!? (¡Dios mio!
qué trabucazo...) Yo?...

GENARO. Pues;
¿qué dice usted?

SOFÍA. Que...
(Dan las tres en uno de los relojes que habrá en la escena. Momentos antes han salido de la habitacion de la derecha Margarita y Félix.)

ESCENA ULTIMA.

MARGARITA.—SOFÍA.—GENARO.—FÉLIX.

MARG. (Poniendo en manos de Genaro una pistola.)
Las tres.—

FÉLIX. (Saca del bolsillo un papel que entrega á Sofía.)
La licencia de tu tio.

GENARO. (Contemplando la pistola.)
Aunque la fiebre pasó.
pudiera algun nuevo amago
utilizarla...
(Presentándole la pistola á Sofía, quien se la arrebata.)
¿Qué hago
con esto?

SOFÍA. (Dándole vueltas al papel que le dió Félix.)
¿Y con esto yo?

GENARO. (Arrebatándole el papel.)
Yo que usted, al señor tio
otra nupcial pediria...

SOFÍA. Mas...

GENARO. (Rompiendo el papel.) Y esta la romperia...

FÉLIX. (Bajo á Sofía.)
Tira la pistola al rio.—
(Sofía la arroja por la ventana.)
Soberbio! ¡gracias á Dios,
que, cumplido mi deseo,
milagrosamente os veo
venturosos á los dos!
(Llevando á Sofía al lado de Genaro.)

Vamos, ya tienes muger.

GENARO. Á la tuya tanta gloria
le debo.

FÉLIX. ¡Si es mucha historia!
Chico... ¡mejor es creer!

MARG. (Llevándosele á un lado.)
Aunque eres tú tan creyente,
eso de creer...

FELIX. ¡Mi bien!

MARG. Bueno será que tambien
lo tengas tú muy presente.

FÉLIX. Yo no dudé...

MARG. No concedo:
has creido cuando has visto.

FÉLIX. Pero, hija mia, ¡por Cristo!
¿no me enviaste á Toledo?

MARG. Y has vuelto dudando.

FÉLIX. No!
De tí nunca, no! además,
se salvó Santo Tomás...
¿no podré salvarme yo?

MARG. *¡Dichosos los que sin ver...*

FÉLIX. Esa clase de escogidos,
no reza con los maridos.

MARG. ¡Con todos!

FÉLIX. Mas ya ¿qué hacer?
(Á Genaro.)
Con licencia de tu esposa
futura, ven en mi amparo.

GENARO. Pues ¿qué sucede?

FÉLIX. ¡Ay Genaro!
Esta deidad rigorosa
me niega la absolucion
de un pecadillo...

GENARO. ¿Sí?

FÉLIX. ¡Sí!

GENARO. ¿Cuál...

MARG. Ha dudado de mí.

GENARO. ¡Ay!... pues no tiene perdon.

FÉLIX. ¡Hombre! ¡que agravas mi mal
en vez de aliviar mi cuita!

GENARO. Oh!... dudar de Margarita
es un pecado mortal.

FÉLIX. ¡Pues venga un lazo, dos lazos
para el cuello... sí señor!
¿Qué dispone tu rigor?
¿á dónde voy?

MARG. ¡A mis brazos!

FÉLIX. ¡Angel mio tutelar!
¿Cómo habias de querer...
mira: muy bueno es creer...
pero es mejor perdonar.

FIN DE LA COMEDIA.

Achaques de siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá.....
Juan el Tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa*.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
El don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa*.
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa.
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace la rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Lope de Vega, núm. 26.